

# Cuentos de *Los habitantes del colegio*

Juan Diego Taborda Colorado

## El tortugazo

Habían decidido no quererlo porque tenía como pasatiempo hacer tortugazos a los bolsos de los estudiantes. Él acostumbraba sacar de la maleta de sus compañeros de clase todos los útiles (lápices, cuadernos, colores, borradores, sacapuntas y demás), luego volteaba la maleta de adentro hacia afuera y metía, en la maleta volteada, los útiles; después, cerraba los cierres por dentro, dejando la maleta como una tortuga cuando esconde sus patas y su cabeza; por ello el nombre de tortugazo. Así, dificultaba al compañero, al que le hacía el tortugazo, sacar fácilmente un cuaderno, un lápiz u otra cosa de la maleta. Esta práctica se había convertido en el azote que desvelaba y atemorizaba, también, a los estudiantes dentro de las aulas de clase del colegio.

No todos los estudiantes tenían las mismas reacciones con el tortugazo: a unos se los llevaba el diablo de la rabia, otros se reían, a otros les era indiferente; algunos lo veían como la posibilidad perfecta para tomar venganza, hasta con la maleta de otro compañero; a él, lo odiaron.

No sabía cuántos tortugazos había hecho desde su primaria; ahora que estaba en once, haría su salida triunfal. Sus compañeros, en cambio, acumularon cada tortugazo en su corazón, pues pasaban cuentas de cuarenta y cincuenta veces, a algunos de ellos, por año.

El día 23 de abril de 2014, celebrado en la institución como el día de los sacapuntas, intentó llevar a cabo la jornada de los tortugazos. Kevin, que no soportaba más ser el primero en la lista de los tortugazos, sacó la cuchilla del sacapuntas y le rasgó el brazo; un chorro de sangre chisgueteó



Male Correa, Astrid y Alex, acrílico sobre madera,  
90 x 30 cm, 2002

a sus compañeros, que lanzados también con las cuchillas de los sacapuntas abrieron, como cortando jamón, la piel de su verdugo en línea recta por los costados de su cuerpo. No valieron sus intentos de zafarse, porque mientras lo sostenían con las manos izquierdas, con las derechas hacían los cortes convenientes. Sacaron su piel: la voltearon dejando rostro, ombligo, huellas digitales y pene, hacia adentro.

## El esqueleto del laboratorio

Los chicos de primaria pasaban y se cogían de la mano por el espanto. Los de bachillerato querían pasar abrazados, pero lo evitaban por pena al qué dirán; mirarlo en el laboratorio de ciencias les escandalizaba, horrorizaba; a los niños de preescolar les daba lo mismo, era como si vieran a alguien familiar y amado. Era un esqueleto, aparecido dos años atrás, que proyectaba una especie de sombra voluminosa no común en los esqueletos de los colegios: tenía pedazos de músculo en los doscientos seis huesos, como si alguien los hubiera raspado con unas tijeras.

Nadie supo ni preguntó cómo ni quién habría llevado aquel esqueleto a la institución, pero los profesores de ciencias lo agradecían profundamente, porque nunca habían podido mostrar la manera como estaban conformados, incluso, los huesos del oído. Los profesores lo veían normal, mas los estudiantes de todos los grados, excepto los de preescolar, comenzaron a tener náuseas cuando lo veían, lo que preocupó a los directivos. Decidieron hacer una campaña para mostrar que aquel esqueleto era una obra de arte y no una “abominación”, título que algunos estudiantes le procuraban.

El profe de artística decidió, entonces, llevar sus grupos al laboratorio de ciencias, no a trabajar con tubos de ensayo ni crisoles, sino a hacer arte a partir del esqueleto. Propuso a los estudiantes que intentaran darle forma en una pintura, individual y secreta para los otros, a

los posibles rasgos del esqueleto. Al reunir las obras finales en el salón donde las expusieron, mirando cada uno, por primera vez, la obra del otro, se dieron cuenta de que era un mismo rostro, casi calcado: era el rostro de la profesora de preescolar desaparecida hacía dos años.

## Sombras a lápiz

Él era un experto en matar las sombras. Desde preescolar, cuando Valentina lloraba su ingreso al colegio, porque no quería entrar a clase, por no dejar a la mamá, supo que las tristezas se acumulaban en las sombras proyectadas por los cuerpos. Un día, cuando el llanto de Valentina colmó su paciencia, corrió apresurado con su lápiz 6B, el de dibujo, para enterrarlo en un ojo de su compañerita, pero tropezó y cayó con la punta firme del lápiz en la sombra de Valentina, sombra que se desvaneció tal cual la tristeza de la niña. Aquel año, 2003, mató las tristezas de sus compañeros de preescolar; que en vez de agradecerlo surtieron sus corazones de terror, porque notaron que un cuerpo sin sombra envejece diez años en uno.

Él tiene trece años, sus compañeros de preescolar murieron de viejos. Se sienta en la fila cuatro, frente al profesor. Los compañeros, que no quieren estar allí, hacen un arco alrededor suyo, intentando evitarlo: sus miradas, su presencia, su contacto... temen perder sus sombras. Quisiera sentirse libre. Lo único que lo acompaña es la música. Cada vez que puede, reproduce el ritual: celular, audífonos, música. Cuando escucha música cierra los ojos, se desprende del mundo de las sombras de sus compañeros, alegra su corazón: siente, literalmente, volar su alma.

El lunes pasado, sentado en las escalas que dan a la cancha, junto al árbol de guayabas, con sus audífonos puestos, escuchaba su canción favorita. Sara, que había llegado triste porque había terminado con su novio, sintió un escalofrío cuando percibió que él la miraba

desde lejos: era morir o matarlo. Él cerró sus ojos para no mirarla, se puso los audífonos y se concentró en una canción; ella, con su lápiz afilado para la tarea, corrió hacia él. Se lanzó para traspasarlo con el lápiz, le cruzó el alma, que, al son de la música, salía de su cuerpo.

## Vidas de tiza

Gabriela no tenía muchos amigos, ni en el colegio ni en la calle; solo permitía la compañía de una perrita criolla que la había seguido hasta su casa, un día que se había escapado del colegio. Su habitación era de color gris, tan pequeña que cabían, a duras penas, la cama y una mesa de noche donde reposaba un reloj, un vaso con una flor seca, una lámpara que proyectaba una luz roja, un libro y el computador que había estado malo junto a la puerta los últimos tres años. Gabriela era hermosa: tenía un cuerpo tallado en la cintura; las piernas largas y delineadas; un cabello abundante, con crespos finos y negros; los ojos grises claros y una tez rosada que resaltaba en su ánimo reposado, pero era conocida porque sacaba, sin permiso, las tizas del escritorio del profesor; bajaba a toda prisa desde el tercer piso y comenzaba a dibujar en medio del patio del colegio. Sus compañeros, en horas de descanso o no, miraban desde lo alto del edificio, tal vez como en un espejo, su propia historia.

Algunos se admiraban de los dibujos, otros los temían porque sentían que reflejaban un silencio que no podían explicar; los demás evitaban mirarlos porque les recordaba su misma soledad.

Luego de muchos meses, cuando solo necesitó tizas blancas para expresar lo que tenía dentro, corrió como si la soledad la empujara a hacerlo. Tomó las tizas blancas y bajó por la escalera, pasó por las aulas de 6-4, 6-5 y por el baño en el primer piso. Llegó al patio. Primero trazó las líneas de la sala de la casa, la perrita



Male Correa, *Espacio público*, acrílico sobre lienzo, 150 x 100 cm, 2002

en el piso sobre el tapete a los pies del papá que veía la televisión. Delineó el corredor, el baño y la cocina, en ella la mamá ocupada en sus quehaceres. Llegó a la habitación. Pintó su cama vacía, el reloj, la pared, el computador, la flor en el vaso y su único libro, los zapatos y sus dos vestidos nuevos. Parecía que todo estaba, pero sintió que algo faltaba. Subió al tercer piso, como no lo había hecho antes, para mirar su obra. Cierta, algo faltaba, tal vez un poco de color... Ella, faltaba ella. Decidió tirarse. Quedó en medio de la cama, ahora tendida con un líquido manto rojo.

**Juan Diego Taborda Colorado.** Egresado de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, 36.º Premio Nacional de Literatura, Modalidad Cuento.